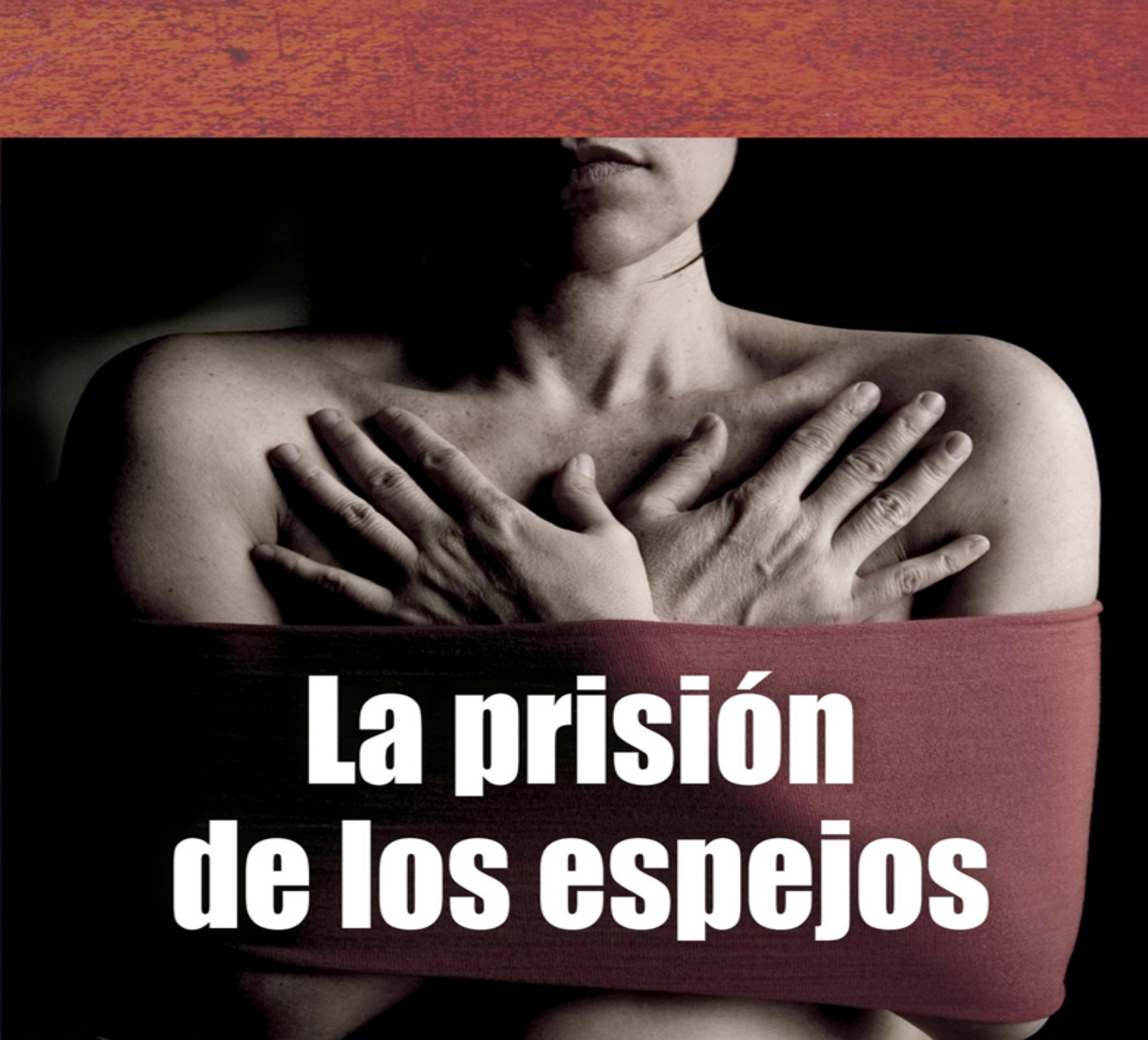




La prisión de los espejos

Rafael Martín Masot

LA PRISIÓN DE LOS ESPEJOS

Rafael Martín Masot



*Para Sonia López Maestro,
porque no todos los sueños se olvidan cuando llega el alba.*

Cuando las lágrimas de Ra cayeron al suelo se transformaron en abejas, y las gotas de agua salada comenzaron a robar las esencias de las flores, para guardarlas en sus prisiones de cera. El espacio existente entre los panales era de unos siete milímetros, pero los faraones no entendieron la importancia de aquellas breves distancias, se afanaban en levantar pirámides de piedra que tuvieran orientadas sus cuatro paredes a los cuatro puntos cardinales con la mayor precisión posible. La miel y la vida habitaban en unos mundos insignificantes, en tanto que la quimera de llegar al paraíso de los dioses intentaba acercarse a las nubes, sin que nadie quisiera darse cuenta de que, por muy arriba que estuviera situada la cúspide, las piedras de abajo siempre estarían a ras del suelo, asentadas sobre el lugar en el que ya no estaban las lágrimas que antes había llorado el dios Sol.

Rafael Martín Masot,
Granada - 2007

I

No le contestó de inmediato. Afirmaba a menudo que era importante no romper antes de tiempo algunos silencios.

—Ahí tiene la mejor solución para todos sus problemas — aseguró, tras levantarse del sillón y apartar la cortina. Abrió la ventana a renglón seguido, sin prisas.

—Mala semana de frío la que llevamos, doctor. Imagínese en otros lugares. En Barcelona nos quejamos del calor húmedo de los veranos, y con razón, pero no me gustaría a mí estar este mes de enero en, ¡qué se yo!, en Soria, por ejemplo. Vivir en una ciudad costera también tiene sus ventajas.

Marc Viadiu continuaba de espaldas, con la vista clavada en la calle, ajeno al paso ajetreado de vehículos y transeúntes, que componían un caos armónico, como si todas las distancias hubiesen sido premeditadas y estuvieran medidas milimétricamente. Algún que otro mínimo roce entre los cuerpos, el frenazo de un coche en el instante preciso. La vida de las hormigas humanas se podía apreciar con nitidez desde la ventana situada en la quinta planta, pero Marc Viadiu continuaba con la vista perdida en las mismas losas de la estrecha acera de enfrente.

Se giró, prendió un cigarrillo y le dio una calada profunda, necesitaba inundar de humo sus pulmones.

El paciente le miraba de reojo, sin atreverse a interrumpir su silencio, estaba tenso, desconcertado, más aún al presenciar cómo el titular del gabinete infringía la ley antitabaco, que había entrado en vigor el año anterior. Puso mala cara cuando un golpe de la pequeña corriente de aire que entraba por la ventana llevó a su nariz el olor a tabaco quemado, no se consideraba una persona intransigente ni le molestaba el humo de un cigarrillo, aunque hacía más de diez años que él no fumaba, pero le pareció una falta de buena educación que Marc Viadiu no le hubiese pedido permiso antes de encenderlo.

—Venga aquí y arrójese por la ventana, morirá en el acto. No sufrirá prácticamente nada, creo —insistió el psicólogo en tono muy serio.

—No sé qué me quiere decir —afirmó titubeante.

—¡Sí, hombre, no se haga el tonto, claro que me comprende! —Aseguró Marc Viadiu con cierto descaro y bastante grosería—. Lleva usted aquí más de una hora, contándome que no tiene ganas de vivir.

El crudo frío del exterior se había tragado la calidez que antes llenaba la habitación, pero el paciente tenía las carnes abochornadas, aflojó el nudo de su corbata, carraspeó y secó su frente con un pañuelo de papel.

Ninguno de los dos advertía los variopintos ruidos anónimos que llegaban de la calle, era el rugir de Barcelona a media mañana de un día laborable, criticado centenares y miles de veces por sus habitantes, pero al que muchos de ellos echaban de menos en periodos

vacacionales, o quizás lo que les faltara cuando se alejaban durante unos días de la ciudad eran sus existencias de hormigas de asfalto.

—Es una técnica nueva, ¿verdad? —Afirmó más relajado, después de unos instantes de duda. Marc Viadiu le dirigió una sonrisa mediana, socarrona, convencido de que el paciente no había advertido que su consejo no era ninguna treta—. Tenían razón quienes me aseguraron que era usted un magnífico psicólogo... Bueno me tengo que ir, ¿le pago a usted o a la señorita?

—A Gemma, páguele a ella —indicó apático mientras le estrechaba la mano.

—¿Y la próxima cita, para cuándo?... Me vendría bien que fuese...

—Sí, dígaselo.

«Otro estúpido» —pensó Marc Viadiu mientras cerraba la puerta. Se sentó, apagó la colilla del cigarrillo en un cenicero de cristal, que había sacado de uno de los cajones de la mesa, y estiró las piernas sobre ella antes de descolgar el teléfono.

—¡Gemma, puedes irte!

—Pero, está en la sala de espera la señora...

—Ponle cualquier excusa y cítala para otro día.

—No sé, Marc, ya sabes el carácter que tiene. ¿Te ocurre algo?

La secretaria estaba extrañada. Llevaba trabajando doce años y unos meses para Marc Viadiu Navarro, y ésta sería

la primera ocasión en la que su jefe no atendiese a un paciente que tuviera citado.

—No, nada.

—¿Seguro que estás bien? —Insistió, al apreciar el desánimo con el que hablaba el psicólogo.

—¡Sí, de verdad! No te preocupes, me encuentro perfectamente.

—Le puedo hacer un hueco para esta tarde. Podrías atenderla a las seis y media o a las...

—Está bien. Vamos, márchate —dijo con contundencia, pero de manera agradable.

Gemma Figueroa miró la hora que aparecía en la pantalla del ordenador mientras lo desconectaba, y un gesto de turbación apareció en su rostro. Sus horarios de trabajo eran poco rígidos, pero apenas eran las doce y cuarto. Le vinieron a la memoria de repente algunos comportamientos que había tenido su jefe en los últimos días. «Seguro que tiene un lío. ¡Malditos hombres, es lo único que tienen en la cabeza!» —Pensó.

—Adiós, Marc. Ya se me ocurrirá algo que decirle a esta cascarra-bias. Creo que viene para acá —susurró al oír los pasos de la paciente—. ¡Que te diviertas! —Añadió con un tono de voz cómplice.

Marc Viadiu encendió otro cigarrillo, al mismo tiempo que colgaba el teléfono. Paseaba la mirada por toda la habitación despacio, muy despacio. La detuvo durante un par de minutos en uno de los portarretratos situados en el mueble librería.

—Perdóname, madre, por lo que voy a hacer —musitó, sin apartar los ojos de la fotografía en blanco y negro que contemplaba.

Puso los pies en el suelo, apagó el cigarrillo tras darle un par de caladas seguidas, abrió uno de los cajones de la mesa que tenía delante, desenvolvió unos papeles y sacó de ellos una pistola bastante deslustrada.

—*Alea jacta est* —sonrió, como siempre que pronunciaba esta frase. Era la única que recordaba en latín, su contundencia y brevedad le atraieron desde el momento en el que se la enseñaron en el instituto. Hacía uso de ella desde entonces cada vez que se disponía a ejecutar una decisión que considerara muy trascendente. «Sí, la suerte está echada».

La manera torpe en la que sujetaba la pistola daba cuenta a las claras de que Marc Viadiu no estaba acostumbrado a tener en sus manos un arma de fuego. Se la había entregado uno de sus antiguos pacientes el jueves de la semana pasada, un delincuente habitual a quien ayudó a desengancharse de la heroína, y antes sólo la había sacado en dos ocasiones de los papeles de periódico que la envolvían. El vendedor le había asegurado que estaba en perfectas condiciones, con el cargador repleto de balas, dispuesta para ser disparada.

Dejó a un lado las dudas, cerró los ojos e inspiró lentamente por la nariz durante unos segundos.

—*Alea jacta est* —repitió alicaído.

Se puso en pie, fue hacia el perchero de madera que

había en un rincón del despacho, introdujo la pistola en un bolsillo del abrigo, apartó tres libros de la estantería y abrió la pequeña caja fuerte que había detrás de ellos. Sacó un fajo de billetes y lo metió en la chaqueta de pana que había junto al abrigo. Palpó con la mano izquierda dentro de uno de los bolsillos exteriores del abrigo antes de ponerse las dos prendas.

II

—¡Buenos días, señor Marc! —Saludó efusivo el portero del edificio al verle salir del ascensor.

—¡Buenos días! —Dijo sonriente el psicólogo—. ¿Qué tal lleva la mañana?

—Muy bien.

—¿Me haría un favor?

—¡Lo que usted mande! —Se apresuró a contestarle.

—Esta carta contiene unos documentos muy importantes —explicaba con parsimonia, trascendente, a la vez que le entregaba un sobre tamaño folio bastante abultado. El empleado de la comunidad de vecinos escuchaba muy atento—. Si yo no se la pido antes de pasado mañana, mándela por correo, los sellos ya se los he puesto yo.

—Pasado mañana.

—Eso es, pero no antes.

—Sí, descuide.

El portero hizo ademán de rehusar, sin demasiada convicción, el billete de veinte euros que le entregaba el psicólogo.

—¡Muchas gracias, señor Marc! —Dijo con entusiasmo—. Pasado mañana, a no ser que usted me la pida antes.

Marc Viadiu era el propietario más reciente de aquel edificio en la calle Aragón, hacía menos de un año que

había instalado allí su gabinete. Sin embargo, era quien mantenía un trato más cordial con el portero. En algunas ocasiones, recriminaba cariñosamente al empleado ciertos gestos serviles que exteriorizaba. «No sea tonto, quienes tenemos un piso aquí somos unos pringaos tan pringaos como usted, quizás más; aparte de que nadie es más que nadie» —le dijo un par de meses después de conocerle—. «Sí, pero la mayoría de los que viven en este edificio son muy, pero que muy señores» —contestó con retintín—. «Eso pasa en casi todos los sitios, las mariposas olvidan que la mayor parte de su vida sólo son gusanos».

Se detuvo delante del portal y observó los vehículos que pasaban. Se dispuso a levantar el brazo al ver que se aproximaba un taxi, pero desistió. «Lo cogeré un par de calles más allá» —decidió.

A Marc Viadiu le gustaba pasear por las calles de Barcelona. Cuando era niño quedaba fascinado por la grandiosa mole de edificios que se extendía hasta las orillas del mar. Eran muy pocas entonces las ocasiones en las que iba a la capital, apenas salía de Sant Boi de Llobregat. Sus dos breves estancias con motivo de los viajes que hizo a las tierras del Sur, donde nació la madre, las tenía clavadas en la memoria con un sinfín de detalles, y las recordaba con frecuencia, más a menudo cuanto mayor se hacía. El bullicio de la estación de ferrocarril tenía en sus recuerdos olores y sabores a tortilla de patatas con cebolla y a bocadillos de mortadela, sonrisas y lágrimas de encuentros y despedidas, imágenes de personas que él creía que eran

de todas las partes del planeta, a quienes contemplaba embobado, escuchaba boquiabierto las palabras que decían en unos extraños idiomas. Y todo ello no era más que una pequeña parte de una ciudad que, para sus ojos de niño, parecía no tener fin.

Paró un taxi al llegar a la avenida de Cataluña, y le indicó al conductor la dirección de una casa del Barrio de Pedralbes.

El taxista intentó entablar una conversación trivial varias veces durante el recorrido, pero Marc Viadiu estaba ensimismado.

III

La fachada tenía la apariencia de los palacetes de la alta burguesía catalana de finales del siglo XIX, aunque toda la casa había sido construida veinte años después de la caída de la II República. Cuatro cámaras de vigilancia, una antena parabólica situada en un lateral del torreón, una verja con sistema eléctrico de apertura y algunos frondosos arbustos tropicales herían la majestuosidad que la piedra labrada, las enormes columnas y los ventanales de madera de roble concedían al conjunto de la edificación.

Le extrañó que la verja estuviera abierta, pero no se detuvo a pensarlo, se adentró en el recinto y se dirigió hacia la casa.

—¡Buenas tardes! Por favor, espere un momento, llamaré al jardinero. Él le acompañará —expuso sin pausas la empleada con cofia que le abrió la puerta.

Advirtió de repente que Marc Viadiu, aunque no tenía el aspecto usual de las visitas que recibían los dueños de la casa, tampoco tenía aspecto de ser el electricista al que esperaba para que reparase el cierre de la verja.

—Me parece que se confunde —dijo con agrado.

El agraciado rostro de la treintañera palideció de inmediato.

—¡Discúlpeme!

El psicólogo apreció el nerviosismo y la desazón que causaron a la criada el equívoco que había tenido.

—No se preocupe —dijo con toda llaneza, sin ninguna impostura en la dulce sonrisa que le dirigía.

—Dígame, ¿qué desea?

—Querría ver al señor Joan Vinyals.

—No sé si está en casa en estos momentos. ¿Me dice su nombre, por favor?

—Marc Viadiu, psicólogo.

—¿Marc Viadiu? —Preguntó. Él asintió con la cabeza—. Sí, claro, discúlpeme —añadió titubeante.

La empleada observó aprisa al visitante.

—¡Por favor, espere aquí, enseguida vuelvo! —Le dijo después de un momento de indecisión, a pesar de que los dueños de la casa le tenían dadas órdenes tajantes de que no dejara entrar a ningún desconocido sin que ellos diesen su consentimiento previo, pensó que la verja estaba averiada y este visitante ya se encontraba dentro del recinto.

Dejó la puerta abierta y se alejó con un mediano caminar.

Marc Viadiu tenía las puntas de los pies dentro del hall, posó la mirada en la escalera que había al fondo, era zigzagueante, ancha, de mármol blanco con betas de tonos grises, un recio pasamanos de madera tallada escoltaba todos sus peldaños por ambos lados.

—Lo siento, el señor no está. Me ha dicho la señora que no regresará hasta la noche. Si lo desea, me puede dejar su

número de teléfono; y si quiere que le diga algo de su parte, dígamelo.

Marc Viadiu introdujo una mano dentro del abrigo y comenzó a palpar con ella. Sacó una tarjeta de visita.

—No encuentro el bolígrafo —sonrió—. ¿Me puede dejar uno?

Ella miró a los ojos. La empleada le ofreció enseguida el que ella llevaba, y el psicólogo escribió unas pocas palabras en el dorso de la tarjeta.

Observó las manos de la criada cuando le devolvía el bolígrafo, le llamó la atención lo tersas y delicadas que las tenía, le parecieron más propias de alguien que tuviese veinte o veinticinco años.

—Le pido que no se ofenda —decía con voz cálida—, sé que usted cumple con su trabajo, pero me consta que el señor Joan Vinyals sí que está aquí en estos momentos. Por favor, dígame que lea esto, le estoy esperando —dispuso con aplomo, pero sin una actitud de superioridad.

La empleada vaciló después de coger la tarjeta, pero se decidió a cumplir el encargo sin rechistar.

El psicólogo continuó observando minuciosamente el interior de la casa. «Seguro que esa lámpara vale cuatro veces más que todo lo que yo tengo en los bancos» —pensó antes de poner los ojos en uno de los cuadros que colgaba de la pared que estaba junto a la escalera, era un retrato al óleo sobre un lienzo ovalado.

—Me ha dicho el señor que le espere en la biblioteca. Si me permite, deme su abrigo.

—No, gracias, soy un friolero —dijo con simpatía.

Ambos sonrieron.

—¡Por aquí, por favor!

La siguió unos diez pasos. Ella abrió la puerta que había en la pared de la derecha del hall y le pidió que entrara y tomara asiento.

—No tardará mucho en venir, ha dispuesto que le sirvan la comida más tarde —le musitó con cierta complicidad.

—Gracias, y le ruego que perdone las molestias que le haya causado.

—Ninguna, señor.

La empleada le sonrió mientras se retiraba. Luego continuó sonriendo en los adentros, antes de quedarse meditabunda. Se preguntaba quién sería aquel sujeto que, con sólo unas pocas palabras escritas, había conseguido que al señor Vinyals se le descompusiera la cara y decidiera posponer su almuerzo. Llevaba sólo tres meses y algunos días trabajando en casa de Joan Vinyals, pero en tan corto periodo de tiempo había presenciado cómo el dueño de la casa dejaba en la calle a personas muy poderosas, incluso la espera a la que sometió un día a un alto cargo de la Generalitat durante más de dos horas.

Marc Viadiu se sentó en una de las dos butacas que había en un rincón de la biblioteca. Estaban colocadas a ambos lados de una mesita de caoba.

«Millonarios, pero compren la misma basura que la mayoría. En más cantidad, claro» —meditaba mientras observaba los ejemplares que atiborraban las suntuosas

estanterías. Estaba convencido de que ningún librero colocaría en el escaparate de su tienda el libro que más le fascinó en la pubertad, estaba editado en un papel pobre, el diseño de la portada era muy primario, mediocre, y las tapas eran casi tan finas como las hojas del interior, transparentaban las tintas. Sí, estaba convencido de que en estos tiempos a ningún librero se le ocurriría exponer un ejemplar como aquél, que gritaba desafiante con desgarró, lloraba oscuridades ensombrecidas y susurraba nostalgias por dentro con los poemas de Miguel Hernández.

IV

El sexagenario rechoncho entró en la biblioteca y se apresuró a cerrar la puerta, traía el rostro encendido. Marc Viadiu le reconoció de inmediato.

—¿Qué quiere? —Exigió inhospitalario Joan Vinyals.

—Buenas tardes —saludó el psicólogo, mientras se levantaba de la butaca lentamente. No exteriorizaba desasosiego alguno por el tono inquisitorial con el que se había dirigido a él el dueño de la casa—. ¿Le importa que fume?

—¿Es que no me ha oído? Dígame de inmediato a qué ha venido, ¿cómo se atreve a molestarme en mi propia casa? —Alzó la voz. Marc Viadiu prendió el cigarrillo—. Aquí no se fuma —ordenó Joan Vinyals. Se encontraban a menos de dos metros de distancia. El visitante no se dio por aludido, envió las pupilas con descaro a la mano derecha de su interlocutor, quien apretaba la tarjeta de visita que siete u ocho minutos antes Marc Viadiu había entregado a la criada.

—Será mejor que nos sentemos —dispuso sin perder la calma, y volvió a situar las posaderas en la butaca en la que estaba antes.

—Apague el cigarro —exigió con vehemencia Joan Vinyals.

Marc Viadiu se retrepó, observó la mesita cercana y echó la primera punta de ceniza del cigarrillo en una pequeña bandeja de plata que había sobre ella.

—Le he dicho que se siente —musitó el visitante.

Joan Vinyals estaba inquieto, no cesaba de manosear la tarjeta de visita.

—Se ve que es usted un necio. Será mejor que llame a la policía.

—Me parece una buena idea, y dígales que no olviden traer unas esposas, porque las van a necesitar, les voy a dar abundantes detalles sobre una de las mayores confabulaciones de todos los tiempos. No, mejor dígales que preparen más de un par de esposas, pero que no sean demasiado rígidas, la mayor parte de los sujetos a los que tendrán que detener son muy delicados, algunos de ellos ocupan importantes cargos políticos y casi todos pertenecen a la capa más selecta de la sociedad —expuso socarrón y lanzó una media sonrisa.

Joan Vinyals palideció, su corazón comenzó a desbocarse. Se sentó en el sillón que había al otro lado de la mesita de caoba.

—No sé qué pretende decirme.

—Sí que lo sabe, señor Vinyals. De no ser así, usted no me habría atendido. Conoce perfectamente los dos nombres que están escritos en esa tarjeta.

—Uno —se apresuró a aclarar el aludido—. Me parece recordar sólo uno de ellos. Es el de alguien que creo que trabajó durante algún tiempo en una de mis empresas.

—¡Mala memoria la suya, señor Vinyals! —Dijo sonriente—. Andreu Jofresa no era un simple empleado, sino el consejero delegado de una empresa que factura más de diez millones de euros al año.

Marc Viadiu no había exteriorizado el breve desconcierto que le produjo saber que Andreu Jofresa ya no trabajaba para Joan Vinyals.

—Soy dueño de seis grandes empresas, y también el accionista mayoritario de más de una decena de sociedades muy importantes —expuso altivo Joan Vinyals, a pesar de que continuaba inquieto—. No pretenderá usted que me acuerde de improviso de todos y cada uno de los que trabajan en ellas. Imagino, además, que a usted cualquier empresa que consiga una facturación bruta anual de más de ocho o diez millones de euros le parecerá algo impresionante —añadió mientras le miraba de abajo a arriba.

—Pues no se lo voy a negar, los pobres nos impresionamos con cantidades muy pequeñas de dinero. Ahora, me gustaría saber qué cantidades les impresionan a ustedes, los ricos. ¿Qué le parece un millón de euros?

Joan Vinyals puso cara de extrañeza al oír la pregunta de Marc Viadiu, continuaba tenso.

—No me impresiona nada una cantidad de un millón de euros —afirmó con la misma soberbia de antes.

—Me alegro de que sea así —dijo Marc Viadiu con socarronería, sonriente—, porque esa es la cantidad que me tendrá que dar, si no quiere que cuente a la prensa, o

quizás sería mejor que antes me pasara por un Juzgado... Bueno, más adelante lo decidiré.

—¿Qué va a contar usted? —Preguntó, con un malhumor que no conseguía disimular el canguelo que llevaba dentro.

—Su relación con el otro nombre que he escrito detrás de esa tarjeta —señaló la mano derecha del empresario—, el de la sociedad...

—Usted no sabe nada de nada, es imposible —cortó Joan Vinyals, se mostraba mucho más calmado, había cavilado aprisa y ahora estaba convencido de que no existía ningún documento que pudiera vincularle con la organización a la que se refería Marc Viadiu, de que él había realizado sus actividades fraudulentas sin dejar ningún cabo suelto—. Y ahora sí que se va a marchar de mi casa, por las buenas o por las malas. Por cierto, no sé de qué conocía a ese individuo, pero, por si no lo sabe, lamento comunicarle que falleció hará cinco o seis meses, en un accidente de tráfico.

Marc Viadiu sintió un pellizco en el estómago cuando supo que Andreu Jofresa había muerto, intentaba ordenar sus ideas, intuía que el accidente de circulación al que se refirió Joan Vinyals no había sido fortuito, pero no perdió en absoluto la calma.

—Siento que haya muerto.

—Sí, bueno. Ahora, ¡márchese de mi casa!

Marc Viadiu sacó del abrigo del bolsillo un disco.

—¡Tenga, escúchelo! —Dijo desafiante, mientras se lo entregaba—, aunque, si lo prefiere, le puedo contar qué hay grabado en él, me lo sé de memoria.

—¿Qué es esto? —Preguntó sorprendido.

—Un millón de euros. Esto es algo que le costará un millón de euros.

—¿Qué? Usted es sin duda un auténtico majadero, un desquiciado.

—Posiblemente lo sea, pero no se precipite, escuche esta grabación antes de tomar una decisión de la que, estoy seguro, se arrepentiría el resto de su vida —amenazó, con voz pausada y chica, pero más contundente que diez latigazos—. Un millón de euros, ése será el precio de mi silencio —concluyó y apartó la mirada del rostro del empresario, para encender otro cigarrillo.

Marc Viadiu observaba la chimenea situada al fondo de la biblioteca mientras introducía los primeros golpes de humo en sus bronquios. Su apariencia meditabunda y la tranquilidad que exteriorizaba ninguneaban a Joan Vinyals.

—No sabes dónde te estás metiendo —amenazó el sexagenario bastante indeciso.

—De usted. A mí me trata de usted o le tendré que subir el precio —susurró severo, sin apartar la mirada de la chimenea—. No me gustan los modales de la gentuza como tú... ¡Vamos, imbécil, vete en busca de un ordenador o de un reproductor y escucha el disco! Te esperaré aquí.

Joan Vinyals se mostró dubitativo durante unos instantes, pero al final decidió hacer lo que le había dicho Marc Viadiu. Descargó parte de su rabia dando un portazo al salir de la habitación.

Marc Viadiu grababa algunas de las conversaciones que

mantenía con los pacientes, tras pedirles su consentimiento para hacerlo. Las escuchaba cuando estaba a solas, en busca de algún detalle relevante que le hubiera pasado desapercibido mientras realizaba la consulta. No pidió permiso para grabar la que contenía el disco que acababa de entregar a Joan Vinyals, ni realizó esa grabación para ayudar a la mejoría de Andreu Jofresa, había premeditado durante días la manera en la que conduciría esa conversación entre psicólogo y paciente.

Joan Vinyals regresó a la biblioteca pasados tres cuartos de hora. Los sudores que le llenaban la papada eran más grandes que si el disco que portaba en la mano fuese de hierro incandescente. Se aseguró de cerrar bien la puerta. Su cara parecía la de un muerto con permiso.

—Trae, aún no lo has pagado —exigió en voz baja Marc Viadiu mientras le quitaba el disco de la mano.

—Si no me equivoco, usted acabaría en prisión si desvelase el secreto profesional, y cualquier juez, por torpe que fuera, llegaría a la conclusión de que el disco que me ha entregado contiene una conversación amparada por ese secreto profesional —argumentó Joan Vinyals después de sentarse. Dijo las palabras sin estridencia, con ausencia de gestos que delataran las componendas que pasaban por su cabeza.

—¡No me toques las narices!... ¿Crees que soy un memo? —Se encaró Marc Viadiu. Ahora sí que miraba de lleno a la cara del empresario, clavaba sus ojos en los de Joan Vinyals como azada en tierra fangosa—. He pensado un millón de

veces en las consecuencias que podría acarrearle lo que estoy haciendo, y puedes estar seguro de que, de todas las posibles, la que menos me inquieta es acabar en la cárcel, siempre sería un placer encontrarme allí rodeado de personas tan insignes como tú.

El sarcasmo con el que Marc Viadiu dijo las últimas palabras alteraron sobremanera al empresario.

—¿Y a su familia, qué le parece a su familia todo esto?

—No te pases de listo... ¿Está claro?... Mi única familia es mi esposa, y a esa cursi, que lleva amargándose la existencia casi diez años, puedes pegarle dos tiros cuando te plazca, me evitarías un proceso de divorcio y no tendría que pagar la minuta a ningún abogado. Bueno, mejor dicho, puedes pagar a alguien que se los pegue, porque los individuos de tu calaña son capaces de arrasar una ciudad como Barcelona, pero no tienen las suficientes agallas como para mirar a alguien de frente y levantarle la tapa de los sesos.

—¡Yo soy más hombre que tú a todas las horas del día! —Vociferó colérico Joan Vinyals.

—Un millón doscientos mil euros, este es el nuevo precio, te advertí de que no me volvieses a tutear.

—Pero tenga en cuenta que...

—No, no me interrumpas ahora, que quiero decirte algo antes de que se me pase. Con mi mujer puedes hacer lo que te plazca, pero espero que no se te ocurra mandarme a mí a criar malvas. Alguien de mi entera confianza tiene una copia de esta grabación, no sabe de qué trata y estoy

convencido de que no tendrá la tentación de escucharla, sí, estoy completamente convencido de ello. Pero si me ocurriese algo antes de que me entregaras el millón doscientos mil euros...

Marc Viadiu dejó de hablar al oír que alguien llamaba a la puerta de la biblioteca.

—Sí, adelante —dispuso abrupto el dueño de la casa.

—Con su permiso, señor —dijo la esbelta criada que había dado entrada a la casa a Marc Viadiu. Portaba una bandeja en la mano izquierda, con dos vasos encima de ella—. Me tengo que ir dentro de cinco minutos, le he explicado los motivos a la señora y le ha parecido bien, pero me ha dicho que les sirva a ustedes una limonada antes de marcharme, que usted no ha comido nada.

—Está bien, deja los vasos aquí y retírate —apremió.

La empleada no pudo evitar que se le escapara una sonrisa, al ver la bandejita de plata repleta de colillas y ceniza. Sólo el visitante apreció aquella breve sonrisa.

—¿Desean algo más?

—No, márchate.

—¡Gracias! —Dijo Marc Viadiu—. Exquisita —añadió conforme ella salía por la puerta.

La criada se giró un momento y dedicó una amplia sonrisa al visitante.

—Cierra bien la puerta —exigió altivo Joan Vinyals.

La rabia que aparecía en la cara del dueño de la casa no la alivió el trago que dio al vaso de limonada. «Maldita

inútil» —pensó, el refresco estaba demasiado dulce, empalagoso.

—Está bien, vamos a calmarnos —dijo con voz casi inaudible—. ¿Quién me asegura a mí que si le entrego a usted lo que me pide, no volverá a chantajearme? ¿Y cómo sé que ese amigo suyo que tiene una copia no la escuchará y entonces sea él quien quiera sacar tajada?

—No te doy mi palabra de que nada de eso sucederá, porque seguro que has mentido tantas veces como para no fiarte de la palabra de nadie, pero no te preocupes. Cuando reciba el dinero mañana...

—¿Mañana? ¡Imposible!

Marc Viadiu se levantó, se acercó a Joan Vinyals y comenzó a hablarle a la oreja.

—Mañana a las cuatro de la tarde —dijo con un tono de voz muy bajo—. Procura no salir de casa hoy, y asegúrate de que te pasan mis llamadas, me pondré en contacto contigo para decirte el lugar y la manera en la que me entregarás el millón trescientos mil euros. He incrementado el precio porque tampoco me gusta que me mientan, de sobra me consta que puedes disponer de esa cantidad para mañana. Y no te preocupes, no habrá más aumentos.

Salió sin prisas de la biblioteca, mientras Joan Vinyals le maldecía... en silencio.

V

Marc Viadiu se abotonó el abrigo al salir de la casa de Joan Vinyals, el frío que dominaba la calle era tan penetrante que los senderos que seguían sus alientos se hacían visibles entre el aire. Se le escapó una sonrisa mientras esperaba a que se abriese la verja, le había venido a la memoria la confusión que tuvo la criada de Joan Vinyals al verle aparecer.

Giró la cabeza de repente cuando apenas había andado unos cincuenta pasos por la acera. «Cosas mías, me estaré volviendo paranoico» —se autodiagnóstico con guasa el psicólogo y prosiguió su camino.

Tenía la vista puesta durante la mayor parte del tiempo en las fastuosas construcciones de la zona. Sólo había estado en un puñado de ocasiones en el distrito de Les Corts y no en más de cuatro en el Barrio de Pedralbes, según las cuentas que se hacía mientras caminaba. Pensaba que Barcelona no tenía un alma, sino muchas, sus pupilas se lo contaban mientras se llenaban el buche con glotonería. Había escuchado alguna vez que el nombre del barrio de Pedralbes tenía su origen en una casa de labor y que la familia que la ocupaba adoptó como apellido el topónimo ya existente, y que la reina Elisenda de Montcada, cuarta esposa de Jaume II, escogió el lugar para

fundar y edificar un monasterio de clarisas, el actual monasterio de Pedralbes. La ciudad era una suma compacta de espacios con fronteras invisibles, la opulencia que ahora contemplaba a plena luz del día era vecina, no demasiado lejana, aunque enemistada, de los harapientos que se refugiaban del frío en las crudas noches de invierno.

A Marc Viadiu le sorprendió que Andreu Jofresa fuese un día a su gabinete y decidiera contar con sus servicios profesionales, era el primer cliente adinerado que tenía desde que comenzó a ejercer como psicólogo. Pensó que quizás su esposa tuviese razón, hacía sólo dos meses que había trasladado el negocio desde Sant Boi a la calle Aragón. «Si no pones la consulta en un buen sitio de la capital, serás siempre un muerto de hambre» —le había aconsejado en un sinfín de ocasiones desde que contrajeron matrimonio. Le sonaba más a reproche que a sano consejo pasados los primeros años de casados.

«Yo también nací en Sant Boi, aunque me vine a Barcelona a los dieciocho años, y he tenido la suerte de cara desde entonces. Eso creía hasta hace poco... Estoy pasando una mala racha, y un primo mío, con quien coincidí recientemente en una boda, me habló de usted. Yo le había dicho que estaba muy estresado, siempre tuvimos una relación excelente, mucha confianza entre nosotros. Me aconsejó entonces que viniera a verle, está convencido de que usted es un magnífico psicólogo, el mejor psicólogo del mundo dice él» —relató Andreu Jofresa cuando se conocieron. No era la primera vez que Marc Viadiu

escuchaba elogios sobre su valía profesional, le agradeció que le hubiera elegido para remediar sus padecimientos mentales y se interesó por saber quién era el pariente de Andreu Jofresa que le había recomendado que fuera a su gabinete.

No se cumplieron las ambiciosas expectativas de la esposa de Marc Viadiu. El traslado de la consulta desde Sant Boi a la capital incrementó poco los ingresos del psicólogo.

Jamás tuvo deseos de tener grandes propiedades, pero estaba harto de que la esposa le martilleara los oídos con sus aires de grandeza, era una mujer que sólo sabía soñar con cosas que tuvieran un precio.

«Un panadero hará el mejor pan para él. Un arquitecto se diseñará una casa a su antojo. Pero, ¿quién pela la nuca de un barbero? No hay cirujano que se pueda operar a sí mismo de una simple apendicitis. Y a mí, ¿quién me arregla a mí la cabeza?» —Divagaba en una madrugada de la anterior primavera, tras haber soportado el cotorreo de la esposa sobre el chalet que había comprado el marido de una amiga suya. «Si es que él no se anda con miramientos, sabe ganar dinero» —le acusaba durante el postre.

Sintió el mismo cosquilleo en la nuca que tuvo en las proximidades de la casa de Joan Vinyals, pero ahora no giró la cabeza, estaba seguro de que se trataba de una mera jugarreta de su inconsciente.